

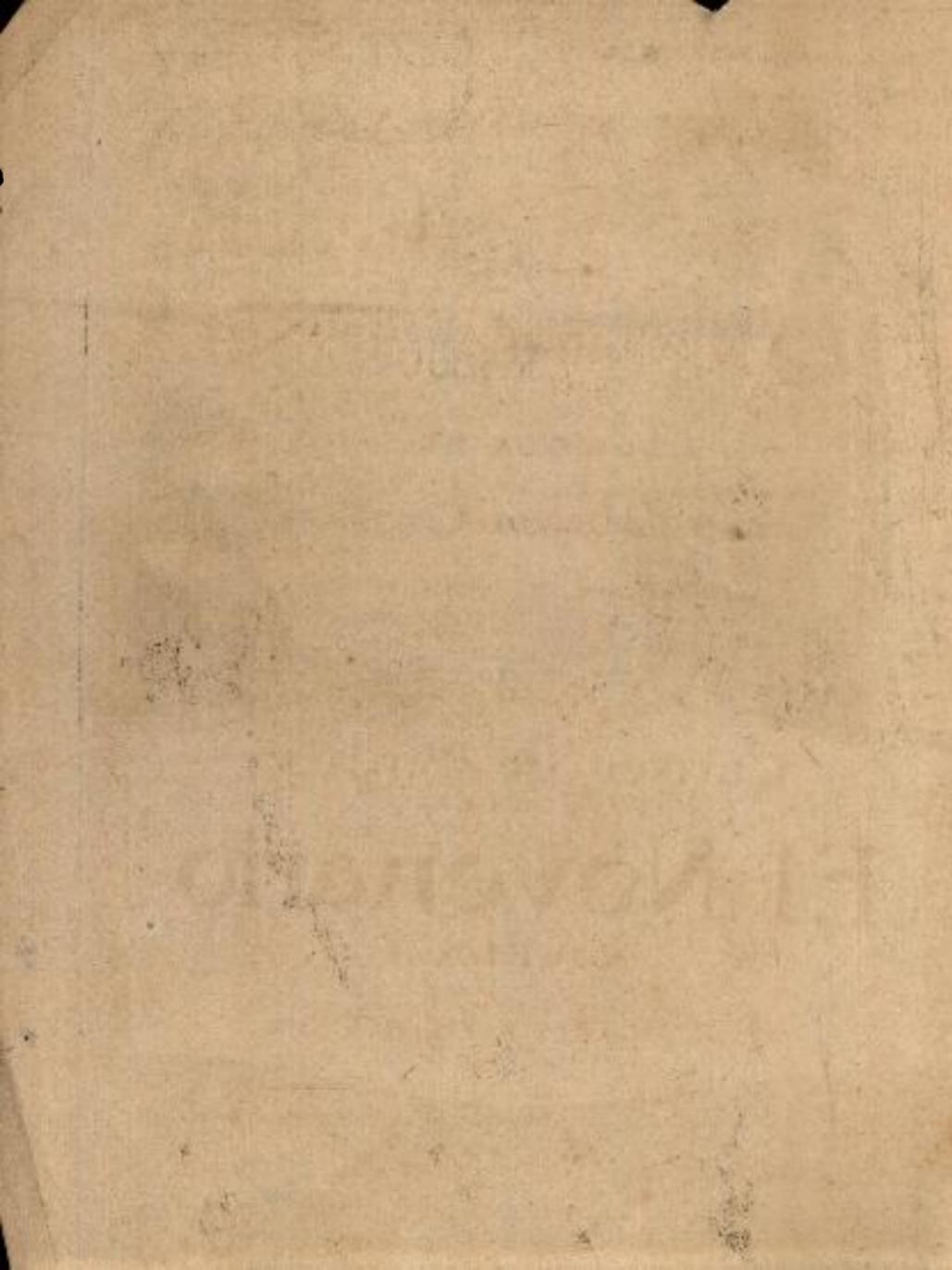


Carmen de Burgos
(Colombine)

El Novenario

NOVELA

PUBLICACIONES NUEVO MUNDO



15 cms.

R-16-337

PUBLICACIONES PRENSA GRAFICA



EL NOVENARIO

1
CC
13/17

NOVELA DE

Carmen de Burgos "Colombine"

(ILUSTRACIONES DE ERNESTO DURIAS)



HERMOSILLA, 57 - MADRID

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

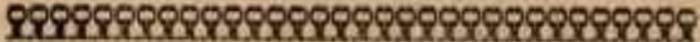
PHYSICS DEPARTMENT

1954

RESEARCH REPORT

NO. 10





EL NOVENARIO

DIA PRIMERO

MI querida Ana: Te cumplo mi palabra de escribirte las emociones que experimente estos días. Bien pudieran llamarse «El diario de una española que no conoce España». Española de nacimiento y de raza, he vivido siempre en el extranjero, donde la carrera diplomática hizo pasar á mi padre toda su vida, ya que él no tuvo jamás esos compadrazgos que cobijan en el Ministerio de Estado, ni le cupo una suerte como la de esos generales de Marina que mandan la flota que, para recreo de Príncipes, existe en Madrid, en el estanque de la Casa de Campo.

Yo conocí antes la España de la leyenda que la España de la realidad. Traté españoles de esos que viajan más allá de Francia, y que son como una aristocracia de los españoles. Luego visité, en viajera, Granada, Sevilla, Madrid... Ya conoces mis impresiones y el esfuerzo que tuve que hacer para destrenzar mis ideas y que no resultasen confundidas, como en las novelas españolas que escriben los extranjeros, la España antigua y la actual «de Maura y Pablo Iglesias», como decía un buen señor



que venía en el tren, sin cesar de hablar en todo el camino, y al cual le parecía todo igualmente malo. Tanto, que al apagarse la luz, en no sé qué túnel, nos dijo que el Gobierno tenía la culpa.

Pero yo no conocía aún esta parte de España, ni esta sociedad, mezcla de burguesía y aristocracia, un poco descentrada, que forma la sociedad de Balneario.

Este paisaje rompe las numerosas tradiciones de la *España de pandereta*. ¡Maravillosa España! Parece que para crear el mundo el Gran Arquitecto hizo uno de esos croquis de ensayo que ejecutan siempre los artistas antes de construir el monumento, y ese proyecto fué nuestra Península. Hay en ella de todo: todos los climas, todos los paisajes, todos los aspectos. El que conozca bien España no se sorprenderá ante nada del mundo.

Quisiera darte idea de este paisaje del Norte, de la suprema melancolía que lo envuelve todo. He vivido en Suiza y Noruega; pero aquellos paisajes son alegres y rientes comparados con éste. Estamos en un valle tan pequeño que es más bien garganta ó cortadura, entre las montañas de la Cantabria Astúrica, en uno de estos balnearios perdidos en los repliegues de la sierra, entre Asturias y Castilla la Vieja. El cielo es aquí siempre gris como un espejo empañado; en el aire flota una humedad tan tenue como un rocío intenso, el cual produce esa lluvia menudita, sin gotas, que en el país llaman *sirimiri* y en Asturias *orbayo* ú *orpin*. Los andaluces, más típicamente, la denominan *calabobos*.

El campo está cultivado, pero no hay huertas, sino praderas y bancales de maíz. Los árboles son frondosos, altos chopos ó árboles de sombra, de espesa hojarasca; no hay frutales ni abundan las flores. Apenas hay flores entre la hierba. En los jardines que cercan algunas casas hay rosales trepado-

res y las más grandes hortensias azules del mundo. Sus pétalos, que parecen recortados en papel, tienen una carnosidad que casi los animaliza. Cada planta es un haz florido. La edad de estas flores se deletrea en su color. Las hay blancas, azules y rosa. ¿De qué matiz son sus canas? Hay también unas grandes flores encarnadas que huelen á miel.

* * *

Siento una impresión penosa de verme hundida en esta cortadura del terreno. Me creo que estoy más baja que el nivel del mar. El cielo es como un toldo que tiene la misma altura de las montañas.

¡Oh, el pavor de las cordilleras! ¿Qué sería haber nacido aquí en tiempos pasados y verse rodeada de estas montañas, sin posibilidad de salvarlas?

Las montañas engendran el ansia de andar. Hay un engaño en la montaña. Vamos por esas carreteras blancas que voltijean entre ellas para ver un *más allá*, y siempre á una montaña sucede otra montaña... Es inútil escalarlas. Una vez arriba, se convierten en llanuras y la montaña está allá, enfrente.

Estas son sombrías, rocosas. Dos de picos iguales se llaman *las Gemelas*. Más lejos hay otra cumbre, que debe ser *la Madre*, según aparece, imponente y augusta, como guarda y vigía protector. La religión de la montaña, la personificación de sus formas, lo misterioso de sus leyendas, es algo fundamental que se siente aquí como en la Jounfranc de Noruega.

El río, escaso de agua, es rico en belleza. Su lecho pedregoso está festoneado de rosales, zarzamoras y madreselva. La sangre venosa de la montaña se le escapa del corazón en fuentes de agua clara ó de virtudes curativas maravillosas. Estas fuentes de

agua hirviendo me asustan. Creo que salen de la gran caldera de un volcán cuyas chimeneas están muy lejos. Pero, ¿y si un día no las deshollinan bien?

* * *

Me he orientado en el hotel. Estos grandes hoteles son como pueblos, en los que no ha nacido ninguno de los habitantes. Ningún conocimiento tiene la raíz bastante antigua para que no se miren unos á otros con desconfianza. Los que llegaron unos cuantos días antes son ya como indígenas; acogen á los otros con cierto recelo y curiosidad. Se comenta al oído de unos á otros que ha llegado *un nuevo*, y en seguida se trata de averiguar quién es.

Yo estoy aquí más extranjera que lo estaba en París. No conozco á nadie aún, y por un extraño capricho me parece que los conozco á todos, que son como *dobles* de personas que yo he tratado. Hay una María Pérez, una Lola Sánchez, y, sobre todo, muchas Picón. ¿Te acuerdas de aquella pobre y buena señora que personificaba para nosotras cuanto hay de cursi y de incomprensivo en la burguesía? Pues hay muchas señoras Picón.

El hotel tiene parecido á un transatlántico. Una gran galería de cristales que la une con el balneario da idea de la pasarela de una borda, sobre la que se abren el salón y el comedor, inmensos; sostenidas por columnas, con todo el aspecto del comedor y del salón de un barco. Los ventanales se abren sobre el mar de verdura, donde el ramaje de los árboles pone rumor de olas. Al otro lado están la sala de billar y de tresillo, la salita de escritorio y la gran capilla, de enorme puerta cochera, en cuyo fondo se vislumbra la pequeña sacristía.

Son las once de la noche; ya está todo en silencio. Este piso de arriba, donde á un lado y á otro de



la galería se abren las habitaciones, es conventual. Parecen celdas. En el extremo de la galería vela constantemente una camarera de guardia. Todo está limpio, brillante; el suelo de madera, encerado, se ofrece á los resbalones. Hay un reposo pesado. Recuerda los hoteles protestantes que habitamos en nuestro viaje á Suecia.

DIA DOS

He pasado mala noche. Estoy cansada. En la habitación de la derecha, contigua á la mía, un po-

bre señor con un ataque de asma ha tenido á su lado, asistiéndolo toda la noche, á su esposa y una camarera. Su falta de aire era contagiosa: me costaba trabajo respirar, como si mi voluntad le cediese á él una parte del oxígeno que mis pulmones se sorbían.

En la habitación de la izquierda tosía, con esos inconfundible del pulmón herido, esa tos que ahoga y asfixia, otro señor. Cuando se durmió, el aire resonaba en su pecho con una violencia de tromba, como si lo fuese á romper.

Estaba solo y me consolaba pensar que nadie sufría el tormento de velar oyendo su respiración de caracola de barco, en cuyos recovecos penetra el aire con esos estampidos.

Me esperan malas noches; pero no quiero cambiar de cuarto. Ya he aceptado la herencia del desconocido que habitó aquí antes. No quiero aumentar este riesgo de un contagio que comienza á estamparme.

* * *

Me ha tranquilizado verlos á todos en el comedor. Todos han borrado su mala noche. Ninguno se queja. ¿Quiénes serán mis vecinos? Se come en mesitas separadas. La comida es buena, sólida, bien hecha. Comida de España, donde aún no ha penetrado el engaño en las comidas. Las camareritas, chicas montañesas, pelinegras, de color trigueño y ojos oscuros, tienen tipos graciosos é interesantes. Son de línea fina, ligeras, airosas, cabeza pequeña, carita menuda, expresión inteligente y honrada. Con sus trajes negros, sus delantales y sus cofias blancas, tienen algo de novicias, de Siervas de María.

* * *

He cumplido la obligación de consultar al médico, un señor vivaz y simpático, que admite á los que están en condiciones de tomar las aguas.

En seguida he comprado mis papeletas. Una porción de billetitos de colores, como entradas de teatro, que todos cuestan bastante caros.. Billeto para beber el agua, servicio de bañeras, baño, pulverización, inhalación, duchas, niebla... Con esto ya tenemos para andar atareados de un lado para otro todo el día.

Como todos madrugan mucho para cumplir el deber de tomar el agua, viene después una larga siesta. Se pasan los agüistas todo el día en el Parque, sobre la hierba húmeda, en el ambiente húmedo, en esta hondonada triste y fría; pero todos dicen que esto es encantador, y acabamos por creerlo. Las curas deben hacerse por sugestión.

Por la noche, después de comer, la mayoría entra en el salón y algunos se quedan en la butaca.

Me he sentado en esta última, en una butaca de mimbre. A mi derecha, un grupo de caballeros discutía á gritos la cuestión social, que uno pensaba haber resuelto con gran sencillez.

A mi izquierda, las señoras hablaban del *Cristo de Limpias*. El famoso Cristo que mueve los ojos, suda sangre, de vez en cuando, á la vista de los fieles que lo visitan. No te rías de la superstición española; recuerda que Lourdes está en Francia.

Por las ventanas abiertas se ve el salón. Un pobre pianista, contratado para eso, toca rutinariamente piezas fáciles. Baila la muchachada. Una docena de jóvenes de ambos sexos, que mantiene la tradición de la vida de Balneario. Yo, para no ir con ellas, he dicho que soy viuda. Quizá he hecho mal, porque desde entonces me miran más los caballeros. Una viudita joven incita á consolarla de la nostalgia del matrimonio. Las viudas que ten-



SAATCHI & SAATCHI

gan amantes deberían decir que eran casadas, si no es una traición que *les hacen*.

Algunas parejas han bailado. No tienen nada que envidiar á nuestros *tés danzantes* de París. Sobre todo, una niña de piernas gordas y un jovencito de pantalón blanco, han obligado á decir á uno de los que miraban:

—Si en mi tiempo hubiéramos bailado así, nos sacan los ojos las suegras.

Y un señor de semblante rojizo, que miraba con delectación y se ponía más rojo, ha respondido:

—Es que entonces eran ustedes más malos, más maliciosos.

DÍA TRES

Ya que te he descrito el lugar y la vida que hacemos aquí, mi querida Ana, voy á enviarte un *album de retratos* de los tipos representativos de las diferentes clases que me rodean.

* * *

Empezaré por la Condesa. Tenemos la Condesa de balneario, la que llega primero que las otras condesas, antes que los títulos se vulgaricen. Ella se siente más Condesa—sobre todo si tiene un *auto* que suena mucho la bocina—, porque todos los *agüistas*, orgullosos de poder decir en sus pueblos que han vivido con una condesa auténtica, la saludan y le llaman *señora Condesa*; le dan el mejor lugar en el salón; en su mesa del comedor le ponen varias botellas de rótulos que ostentan las medallas doradas de los grandes premios, y los canónigos, para dirigirle la palabra, toman siempre compostura de abates del siglo xvi, y le dicen: «Mi señora Conde-

sa». Anda engallada, muy tiesa, mirando alto para no verá la gente, como hacen los Reyes, y suele no saludar á nadie. ¡Qué pena les debe dar cuando vengan otras condesas ó duquesas á quitarles su singularidad!

* * *

Ese caballero alto, afeitado, que parece un yankee, es un marino. Pulcro, correcto, silencioso, tiene el cabello blanco, y en los ojos lleva una nota verde-azul por haber mirado mucho el cielo y el agua de los mares. Ya está jubilado y vive en una oficina de la Transatlántica. Está enferma su garganta y no saben de qué. Viene á tomar pulverizaciones, y se alivia con ellas, porque le llevan agua á su garganta. Es la garganta del marino que no se ahogó y está ansiosa de agua. El va todas las tardes de paseo por la orilla del río y sube á aquella loma desde la cual se ve lejano el mar.

* * *

En todas partes hay una señora andaluza, que tiene el deber, impuesto por su andalucismo, de ser muy animada, burlona, decidora de chistes y capaz de espetarles á todos los descaros que ninguno se atrevería á formular. Ella está obligada á tomar parte en cuanto se organiza y, sobre todo, á hablar mucho, alto, con ese cambio de letras que estropea el castellano, exagerando el dejillo y el acento dulzón y cubanito, que se prolonga y se tiende perezoso en sus labios.

Esta andaluza del balneario está en la sazón de treinta á cuarenta años, viuda, nacida en la Macarena, ya un poco pasada, un poco jamona, con hermosos ojos en la ojera demasiado marcada. Conserva rasgos de una belleza amplia y fuerte, de fac-

ciones correctas, boca noble y cuerpo de buena moza, redondita, con manos chicas y carnosas y el pie característico de su tierra, encorvado y chiquitín, que parece andar de puntillas.

Da lástima verla agitarse tanto y exagerar así su acento. ¡Tan bien como estaría una andaluza discreta que se hubiera olvidado de que era andaluza!

* * *

Hay también siempre una niña de Madrid. Aunque sea de otra provincia, es de Madrid esa niña que capitanea á las otras, está en todas partes, acapara la atención de todos los muchachos y es con la que se cuenta para las fiestas y excursiones.

La niña de Madrid es la imprescindible, la que da el tono y la moda. Las otras la miran con una especie de superstición curiosa, como si allá, en el fondo de su inocencia, pensasen: «¡Lo que ésta debe saber!», recordando esas conversaciones de las señoras mayores que al llegar ellas se callan.

* * *

También hay en todas partes un viajante de comercio. Si no lo hay, por lo menos está representado por ese tipo de hombre de treinta años, con bigotito retorcido y zapatos blancos. Saca la tabaquera; enciende el cigarro, con el aire y la parsimonia de los habituados á enseñar la caja de muertras.

* * *

Una señora muy alta, una solterona delgada, pávida; una mujer tubo, se atraganta todos los días en la mesa, como si lo estrecho de su cañería no de-

EL NOVENARIO

Por Carmen de Burgos COLOMBINE

2

jase pasar las migas de pan. La conozco por *la que se atranca*.

* * *

El hombre de los balnearios es un buen señor gordo, calvo, bien vestido, de solitario al dedo y cadena de perro en el chaleco, sosteniendo la gran pesa de oro de un enorme reloj. Tiene plétora de salud y va á curársela á los balnearios.

—El año pasado—dice—estuve en Cestona para el hígado y luego en Alceda, para las herpes. El otro, en Liérganes, para los bronquios. Hace dos fui á Mondáriz y las Caldas de Besaya. El anterior, en Panticosa. Este, ya he estado en Fortuna. El próximo me iré á Archena.

¡Pobre hombre feliz, que no sabe cómo curarse su salud!

* * *

El gran personaje, el político ú hombre importante, vive sacrificado. En cuanto asoma, todos lo miran, lo asedian, lo molestan; le hablan de asuntos que desea olvidar por unos días; se le recomiendan, para estar bien con él, *por si acaso...*

* * *

Los pollitos de pantalón blanco. Son una casta de pollos que tienen su lugar aparte en el casillero

de las diferentes especies, como sucede con las gallináceas de distinta familia. Quisiera aconsejarle á las jóvenes que no hicieran caso de los pollos de pantalón blanco, porque esos cuidan tanto de llevar bien planchada la raya de su pantalón, y están tan enamorados de sí mismos, que no las podrán amar. Esos no son maridos posibles.

* * *

El niño rico se conoce en que camina con la boca abierta y se queda parado, con los ojos muy fijos y el gesto embobado. Lo tienen idiotizado su madre, sus tías y la gente que lo rodea. Mira á las muchachas con recelo, como si fuesen ratoneras dispuestas para cazarlo, y si alguna vez se digna tener una atención con alguna, en seguida interrumpe la charla para evitar aproximaciones..

* * *

La aprensiva está todo el día arropada, sin moverse de la butaca, sin querer comer; pero no se encierra en su cuarto porque desea estar vigilante á ver si llega otra más enferma que ella. Cuando entra alguna de esas figuras pajizas y esqueléticas, se anima y se consuela. Aquel día se siente casi buena. Le cuenta á todos que ha llegado *una nueva* que está mucho más enferma.

* * *

Los señores que traen grandes perros dan sensación de cazadores ó de dueños de fincas rurales; de grandes señores. Se les mira con cierto respeto, y no hay quien se acerque á ellos cuando el perro se

revuelca á su lado en el césped del parque. Tienen siempre desocupadas sillas á su alrededor.

* * *

Las señoras que traen perritos dan cierta sensación de amas de cría con elorro en brazos. Si yo fuese hombre no me acercaría á ninguna de estas niñas con perrito. Temería, al besarlas, sentir en los labios el frío y la humedad que debe dejarles el exceso de besar los hociquitos de sus perros.

* * *

La simpática ancianita. Ha sido del comercio, ha luchado mucho y ha logrado hacer una fortuna. Es ahora, á la vejez, cuando coge el fruto y goza de las cosas que antes deseó. Por eso su vejez es una juventud llena de entusiasmo y de ideales. Su espíritu está avizor, se compone, sale, curiosear, vive, goza... La acompaña una hija suya, de piernas cortitas, ancha de caderas y busto gigantesco: una figura de Velázquez. La hija es equilibrada, dulce y tranquila, menos inquieta que la madre. La viejecita tiene deseos de acabar la cura para ir á reunirse con su marido, que ya ha cumplido los ochenta. El año pasado fueron á Sevilla á celebrar sus bodas de oro.

* * *

El interesante. Es un hombre joven, de unos treinta y cinco años, regular de estatura, tiene los ojos pardos y el aspecto melancólico. Se peina con raya al lado, y una mecha de cabello castaño, del verdadero color de caoba que tiene la cáscara de la castaña madura y brillante, le cae sobre la frente. No tiene mal color, no parece enfermo, y atrae la



ERNESTO GURIAS

atención con esa gran tristeza que hay en su mirada y en su rostro. Tiene la mirada profunda, distraída, como si mirase hacia lo pasado. Cuando fija los ojos, lo hace con una mirada dulce y larga, muy larga. Desconfió un poco de este hombre, porque no sé si esa tristeza y ese apartamiento son reales ó si sabe explotar su simpatía para hacerse el interesante.

* * *

La que limpia la capilla es una mujercita menuda, encorvada, flaca, con el pecho hundido y la cabeza echada hacia delante. Hay algo de cura en su tipo y su andar. Es viuda, tiene un hijo, con tipo entre cirio y monago. Ella es la que va á comprar velas, prepara los altares, limpia los santos y da á las demás señoras pañolitos y encajes para que los cosan. Es en la única cosa en que se entretienen las señoras. Sólo á una, de aspecto distinguido y simpático, la he visto leer una novela de Pereda.

* * *

La Administración de Correos y Telégrafos está también en el gran convento-transatlántico de nuestro hotel. Cada quince días se renuevan los empleados. Me parecen felices y contentos, como maridos en vacaciones. Bien es verdad que á los pocos días de separación la costumbre les hace echar de menos á sus esposas, se les olvida lo engorrosas que eran y les escriben cartas apasionadas. Lo que no impide que se la den de solteros aquí, y le hagan el amor á las agiüistas y hasta á las bañeras, cuando son interesantes.

* * *

Hay buenos matrimonios, de acuerdo en todo,

que se pasan aquí el verano. Se les ve salir juntos á su paseo todas las tardes, sin decirse nada, porque ya lo tienen todo hablado. El marido es el que dispone, decide y piensa. Siempre que se le pregunta ó se le propone algo á la mujer, responde:

—Le consultaremos á Luis, á ver lo que él dice.

* * *

Casi todas las señoras llevan pelucas tan grandes, que tendrían bastante con la mitad del cabello.

* * *

La señora discreta es esa fina segoviana, que se llama Fuencisla y va siempre con sus dos hijos, sin mezclarse en las comadrerías de los demás.

* * *

El empalmado. A ese hombre tan alto parece que se le quebraron las piernas y lo han añadido con otras demasiado largas. Se ve que su cuerpo se inclina á tierra, formando un arco de violín, como los gatos cuando se les acaricia el lomo. Es que su cabeza se aleja demasiado del suelo y la tierra le tira de un cordelito.

* * *

Hay una rubia fornida, con tez de albaricogue, cintura estrecha y cuerpo de ánfora, que se mueve con una fuerza y una decisión extraordinarias. Me acaban de decir que ha sido la criada de un viejo magistrado que le dejó toda su fortuna. Ahora me explico muchas cosas de sus modales y su indumentaria. Sobre todo, me explico ese movimiento tan decidido: el movimiento de la que está acostumbrada

da á dejar caer las dos manos para golpear colchones.

* * *

Otro tipo muy de balneario es el de los que vienen dispuestos á enamorarse. Son de los dos sexos. A veces, no sólo gentes muy jóvenes, sino hasta respetables cotorriones. En España es muy frecuente esto de pensar en la amable aventura de viajes y balnearios. Salen de sus casas dispuestos á enamorarse y tener su aventura. La medida de esto la da el cuento de aquel caballero que viajando solo con una dama en un vagón de primera clase, le dijo, después de haber pasado un túnel: «Dispénseme usted, señora, que no le haya faltado al respeto. Es que tengo un dolor de muelas muy grande.»

DIA CUATRO

Ayer no pude salir. Llovió; experimenté un placer de poder reposar todo el día sin la obligación de pasear, que es la misa de la higiene.

Me da pena ver cómo cumplen este primer mandamiento las señoras gruesas que martirizan su carne sana por el deseo de estar esbeltas. Yo he perdido la fe en que se adelgaza andando, desde que se murió, porque se le juntaron las mantecas, el cartero de mi distrito.

Experimenté el placer de faltar á un deber sin ser responsable y de tener algo á que echarle la culpa.

Pero, en cambio, he salido hoy. Un paseo larguísimo, de no sé cuántos kilómetros, para ver una cruz que hay al final del camino, cerca del nacimiento del río.

El paseo es triste. Estas palabras *triste, melancólico*, surgen constantemente. Es un paisaje que tiene en el ambiente lo que en pintura llamamos *colores fríos*. Pesa.

La muchachada se ha marchado no sé á qué excursión á una cueva cercana. Se han quedado en el Parque dos jóvenes solteras de unos treinta á treinta y cinco años. Aquí las solteras de esos años se quedan al margen; harían el ridículo entre las niñas de quince á veinte, y no están bien tampoco entre las casadas de su edad. Por eso me gusta nuestro París, donde no hay solteronas ni solteritas.

Yo paseo sola. Me parece que me miran con algo de recelo. Debo parecerles un poco *viuda alegre*, y, sobre todo, se escandalizan de que me empurpure los labios y las mejillas y subraye las sombras de mis ojos con el lápiz.

No es que ellas no se pintan. Es que se pintan hipócritamente, disimuladamente, con cobardía, para hacer pasar por suyas todas las perfecciones. No se conoce aquí este modo de pintarse franco, en que no se oculta que la pintura es como un adorno más.

El pueblo es curioso, partido en grupos; el núcleo principal es pequeño y se extiende en hilera, siguiendo el curso del río, en una calle muy larga.

En lo alto de una montaña hay una iglesia, donde se celebran romerías. Yo creo que en todos estos pueblos hicieran las iglesias en las montañas para tener el pretexto de la romería.

Entre lo de primitivo, de rústico, de campestre que tiene el pueblo; entre las casas de piedra y barro, con techos de alcatifa y balcones y miradores de maderas viejas y renegridas, se encuentran bellas casas solariegas, de construcción ancestral, que conservan en las puertas escudos de piedra, los cua-

les prueban que la cuna de la nobleza española estuvo en los escondidos repliegues de estas montañas.

Por medio de la calle pasean manadas de cerdos jaros, guardados por muchachos jaros como ellos, y tantas bandadas de gallinas que se oyen en todo momento alegres cacareos, como si acabasen de poner el huevo. Ese cacareo de alegría al verse libres de su carga, creen los campesinos que es el aviso para que vayan á recogerlos. Lo raro es que el huevo no salga cocido de dentro de la gallina, según lo calentito que lo pone. Las mozas buscan los nidales y se pasan por los ojos los huevos recién puestos, porque su calorcillo les hace brillar las pupilas.

Suelo tener algunos encuentros desagradables. El primer día un entierro subía por la hermosa carretera, cubierta del espeso toldo de las hayas que bordea el río.

Es conmovedor este último viaje del muerto, á hombros, por medio de los campos. Tiene una melancolía que no supera ningún entierro de la ciudad.

Varias veces me encuentro vacas. Los vaquerillos me aseguran que no topan ni embisten.

Son hermosas vacas blancas, con manchas canela, que pasan indiferentes á nuestro lado con una mirada vacía. Sagradas diosas egipcias que perdieran su divinidad y arrastran el peso de sus ubres hinchadas.

Hay tantas vacas como en Holanda, y conviven con la gente de un modo que están ya domesticadas como grandes perros. En casi todas las casas hay dos puertas, una al lado de otra. En un principio me hicieron pensar si estos labriegos, descendientes de nobles, tendrán como los noruegos siempre cerrada una de esas puertas, que no se abre sino para entrar el rey ó salir los cadáveres de los



ERNESTO CURIAN

moradores; pero son sencillamente los establos de las vacas.

Al fin de la arboleda, junto al río, vi á un zagalón que golpeaba bárbaramente á un chicuelo de unos tres años. A pesar de mi miedo á las vacas, corrí hacia él y se lo arranqué de las manos.

—¿No te da vergüenza de pegarle á un niño tan pequeño?—dije.

—¡Ya es bueno para decirme hijo de la gran...!

Me contestó con fiera, mientras el golpeado echaba á correr llorando y diciendo:

—¡Porque lo eres!

Y el vaquero, sin rechazar la aseveración, repuso:

—¡Pero no me lo ha de decir nadie!

¡Pobre zagal flacucho, escuchimizado y enfermizo! Sin duda es hijo de una de esas mujeres que soportan todo el ludibrio del lugar, partícipes de los pecados de todos, que ellas solas legan á sus hijos.

Al volverme vi *al interesante* que estaba contemplando la escena cerca de nosotros; al ver que yo lo miraba se hizo el distraído. Pensé en marcharme para no estar cerca de este presuntuoso; pero me pareció concederle demasiada importancia. Pasé á su lado sin mirarlo y me senté junto á la presa del molino, donde un hombre preparaba sus artes de pescar truchas.

Mi compañero de hotel estaba entretenido mirando dos pajarillos revoltosos que jugaban en la caída del agua. Abrían las alas, revoloteaban, se dejaban caer para recibir la ducha y escapaban volando al sentirla en sus cuerpecillos.

Sin saber por qué, yo hablé:

—Me da miedo de que se mojen así; se les pegarán las plumas y se los llevará el agua—dije.

Entonces *el interesante* se sonrió y me dijo:

—No tema usted. Los pajarillos son tan alegres, tan vivos y tan graciosos, que no se concibe que puedan morir si no los mata alguien...

Se quitó el sombrero para saludarme y se fué.

Me dió tanta rabia de haberle yo hablado, que me quedé allí hasta muy tarde para no volvérmelo á encontrar, á pesar del miedo que me causa llegar de los últimos al comedor.

Hay una campana que llama muchas veces, con repique de viático, avisando la hora de comer. Su último repique no se parece á los otros. Es un repique desesperado. Suena en él todo el cansancio y toda la ansiedad de camareros, cocineros y servidumbre que esperan al último huésped para poder ellos descansar.

Al entrar en el comedor, *El* me ha saludado.

* * *

Me han cambiado hoy la camarera. Esto resulta siempre desagradable. Es muy bonita y se la han llevado al comedor.

* * *

Por fortuna, estoy más á gusto en mi habitación. Tengo vecinos distintos de los que tuve el primer día. No tosen. Sólo dan algún ronquidillo de vez en cuando. Ya no miro hacia las puertas que nos separan con miedo de que por ellas entre la enfermedad.

Deben haberse ido aquellos enfermos; todos los días sale y entra gente del hotel. Veo llevar á la estación carretas cargadas de equipaje, y vuelven cargadas otra vez. Equipajes y gentes, en realidad, son siempre los mismos.

* * *

Las noches se pasan como se puede. Por lo general, aburridas. Todos los agüistas llegan á la noche cansados. Hacen la vida distinta á la mía. Ellos madrugan, duermen siesta, y luego van de excursiones. Todos los días hay romerías para ver al *Cristo de Limpias*.

Al regresar los rodean todos los que se han quedado, llenos de curiosidad.

—¿Han visto algo?

—¿Ha movido los ojos?

—¿Ha sudado?

Hasta ahora todos han contestado tristemente que no han visto nada.

—Es preciso ser muy bueno ó muy malo para ver algo—repite la beata.

—Los que lo ven hacer algo se ponen muy enfermos—dice una.

—Hay veces que desclava los brazos y parece que avanza sobre quien le mira—dice otra.

Cuentan milagros de descreídos que se convirtieron y de castigos que la imagen impuso á las faltas de fe, dejándolos mudos ó paralíticos, del susto que les causó comprobar el fenómeno.

En ocasiones la beata dice á los excursionistas con la seguridad de persona que tiene influencia:

—Yo recé para que no les lloviese.

Hay varios sacerdotes que procuran evitar que se conozca su opinión. Roma no ha dicho ni una palabra en el proceso, y no es pecado la incredulidad.

Uno de estos sacerdotes es *un Paul*, alto, enjuto, como unas armadura de alambre. Va á ver á su madre después de diez y siete años de ausencia, tiempo que hace que la abandonó para servir á Dios; y la pobre viejecita, cuasi loca, llama á todos los que pasan con sotana, creyéndolos su hijo: «¡Antonio!, ¡Antonio!»
¡Lo conocerá ahora, ó será ya lo mismo que si cual-

quiera de los otros dijese piadosamente: «Madre»?

* * *

Hay varios canónigos. Uno de ellos tiene trazas de mujer buena moza. Es alto, gordo, bien plantado; le sale el buche, pero la espalda es recta como si llevase corsé. Tiene una gran calva reluciente, y los ojos le relucen como la calva. Fué tenor de la catedral de Bilbao muchos años. Ahora es canónigo en León. Su cara es de hombre buenazo, aficionado á la comodidad, sin que le moleste mucho el pensamiento. Es alegre; luce sus medias y su cuello de ese magenta entre coloraduzco y amoratado que usan los canónigos de ciertas catedrales—en algunas lucen rasos y armiños—, y sus zapatos de heiblla.

Les gasta á las beatas bromas que no las ofenden, porque en boca de los curas son como cosas de familia.

—¿Beata? ¡Diablo con dos patas!—dice á veces.

—Beata es el ser que no hace más que lo que quiere.

—¡Arre, burra, beata!—añade otras.

Ellas, para vengarse, dicen que el buen señor «no es dignidad; es canónigo á secas».

La verdad es que él es quien pone la nota más alegre del balneario. Es andaluz, y de noche canta al piano inocentes coplas de fandango, con su hermosa voz, ya un poco cascada, con ese timbre de campana rota que ponen los años en la laringe. Un coronel aragonés canta la *Jota*. Alternan la tristeza del *gementerio* y las *rejas de la cárcel* de las coplas andaluzas con el *borrico*, la *Pilarica* y el *malacatón* de las aragonesas.

Algunas noches nos entretenemos viendo un *cine*, que maneja el *botones* en el salón. Suelen ser películas rotas y sin letrero, y se ve lo necesarios que son esos letreros de mala ortografía y peor castellano que suplen á la voz de los personajes de la *film*. A lo mejor se rompe la cinta y se queda la figura inmóvil, con un gesto raro, generalmente con esas manos agarrotadas que ponen los malos artistas de *cine* en todos los momentos, y se siente el pánico de la fotografía en que nosotros quedamos inmovilizados.

Hoy ha venido un ciego, trovador ambulante que va tocando la guitarra por los castillos feudales de los balnearios. *El*, que nunca viene al salón, entró á oír ese noble instrumento de cuerda, menos estimado de lo que merece, á causa de su gran divulgación. El ciego tocó piezas populares y piezas compuestas por él, con un gran sentimiento. Colocaba la guitarra de un modo extraño sobre las rodillas, y pulsaba sus trastes como las teclas de un piano.

Los agüistas hablaban mientras tocaba sin prestarle atención y aplaudían después. Sólo escuchábamos religiosamente *El* y yo. Varias veces se encontraron nuestros ojos; parecía que nos acercaba una simpatía extraña. Era como si nos conociéramos de antiguo y nos volviéramos á encontrar. Nos entendíamos sin hablarnos, merced á la guitarra, que despertaba nuestra emoción. Al acabar, él fué el primero en marcharse, y al pasar junto á mí, me saludó muy afectuosamente.

La mujer del ciego, gorda y rolliza, pasó el platillo, sin mirarnos, atenta sólo al ruido de las monedas que caían en él. Me dió la impresión de que la mujer del ciego es ciega también, y de que en ese platillo lleva los ojos del ciego, como una Santa Lucía.

DIA CINCO

Todos los días paso un mal rato en el establecimiento del balneario, construído en el mismo lugar donde ha brotado uno de estos veneros de agua mineral que se llaman siempre *Fuente Santa*, *Fuente de la Salud* ó *Fuente Milagrosa*. Se han agrupado aquí las salas de inhalaciones, pulverizaciones, baños y duchas.

Yo miro con cierto miedo á toda esta gente que circula por la galería esperando su turno, y llevando bajo el brazo los tubos de goma de la inhalación, que parecen embuchados de lomo. Tienen el aspecto de gentes que van de merienda en una triste comida de funerales: de nuestro propio funeral.

Este es el gran palacio de los microbios. Temo que penetren en mi pulmón y se queden dormiditos en él como gatillos que se acomodan sobre la lana en un rinconcito.

Nos miramos todos con cierto odio. Nos estorbamos, nos quitamos la vez. Tenemos que luchar unos con otros para llegar á tiempo cuando el encargado, que parece un interno de hospital, con su gran blusón blanco, toca la campanilla de aviso, como á la entrada de un *cine*, para la inhalación, advirtiéndome: «¡Que se va á empezar!»

Hay gente á la que le gusta estar aquí, en este ambiente espeso, oyendo toses y estertores. La beata pasea entre los enfermos, con el pecho más hundido y la cabeza más adelantada, como quien escucha; zigzagueando y clavando en todos los ojillos penetrantes, para conocer cuál va á necesitar antes los auxilios espirituales.

Yo he venido á distintas horas todos los días y no he visto al *Interesante* nunca. Sin duda él no está enfermo. Esta es una idea que me agrada, porque la enfermedad atrae la compasión, la ter-

EL NOVENARIO

Por Carmen de Burgos COLOMBINE

(CONTINUACIÓN)

3

nura y jamás la simpatía. Tampoco me gustaría que me viera aquí. Este ambiente *nos agrava á todos.*

* * *

Como no me gusta estar en el Parque, sobre el césped húmedo, donde pasan el tiempo los agüistas, me voy de paseo en cuanto salgo del balneario todos los días. *Estas frases todos los días y todas las noches* tienen aquí un valor extraño. Parece que se refieren á meses, cuando apenas estamos cuatro días. Tan largo se hace el tiempo y tan repetido y uniforme es.

* * *

Ya sé cómo se llama *El*. Esta tarde nos hemos encontrado de nuevo junto al río. No sé si el encuentro ha sido muy casual ó si ha obedecido á una cita tácita. Yo te confieso que tenía esperanza de encontrarlo.

El me habló, como si quisiera acabar de borrar la turbación que experimenté cuando yo le dirigí la palabra.

Luego se puso á mi lado y, sin pedirme permiso, empezó á acompañarme. Yo pienso esto ahora; entonces me pareció la cosa más natural del mundo. Sentíamos los dos esa misma impresión de volvernos á encontrar, de entendernos. Nos contamos nuestra vida. Yo, por lo menos, se lo dije todo. Mi

breve historia de viajera por fuerza al lado de mis padres y mi desconocimiento de España.

Cuando le confesé que me fingía viuda para no escandalizar á las señoras que no están acostumbradas á que una soltera de veinticinco años viaje sola, él rió de buena gana. Perdió por un momento su aspecto melancólico, y te aseguro que la alegría le sentaba bien.

Se llama Adelardo. Los padres debían tener en cuenta los nombres que les ponen á los hijos. Se les influencia con ellos toda la vida. Un *Adelardo* está condenado á ser romántico, melancólico, interesante, como héroe de folletín del siglo pasado. Su nombre me ha explicado este aspecto de tristeza que hay en su rostro. Sin duda, lo han enseñado á mirar así. Me ha dicho que es huérfano; posee una gran fortuna. Está demasiado solo.

—¿Cómo no se ha casado usted?—le preguntó.

—No me seduce tener mujer sin encontrar compañera—me ha dicho.

Después ha guardado silencio. Sin duda, no ha querido decirme que experimenta cierto desprecio por las mujeres. Muchos, sin confesarlo, lo sienten así; y por eso, en vez de buscar esposa, se conforman con amores fáciles.

Tal vez ha comprendido que me causaba mala impresión, porque ha recobrado su aire de suprema tristeza, y clavando en mí una de esas miradas suyas, largas, ha añadido:

—¿Acaso podría yo hacer la felicidad de una mujer?

La pregunta me ha parecido tan artificiosa, que no he querido contestarle. No puede ser sincera esa desconfianza en un hombre joven, rico, bien parecido y de una ilustración nada vulgar.

He apartado la conversación de nosotros, y hemos hablado de muchas cosas, interesantes todas: costumbres españolas, viajes, frivolidades.

De pronto vimos venir por la carretera un carro con toldo y cuatro ruedas, tirado por una mula. Ese carro es aquí, comparativamente, un automóvil. No hay nada tan primitivo y gracioso como los carros de esta región: dos ruedecillas en los extremos de un palo que les sirve de eje, á una cuarta del suelo, y encima una especie de almadía de troncos y ramas tejidos con guita.

En el lujoso carro del camino estaba instalada una cama con colchones y almohadas; y desde ella, recostado y medio cubierto por el embozo, guiaba la mula un hombre gordo, encarnado, con gran bigote negro y vientre de hidrónico. Detrás de él, encaramada en la trasera, iba una mujer delgada y joven. Creí que sería algún enfermo que llevaban al balneario; y al ver parar el vehículo y venir hacia nosotros á la mujer, que saltó con ligereza al suelo, recordé la costumbre de los antiguos cántabros, que exponían los enfermos á la orilla del camino para que los transeuntes les recetasen los remedios que conocían.

La mujer extendió la mano con el gesto mecánico de los acostumbrados á implorar la caridad. Adelardo le dió unas monedas, y volvió al carro recitando el «Dios se lo pague y le dé salud, etc.»

Adelardo me ha dicho que no es la primera vez que los encuentra, paseando en su carrito á la sombra de las hayas, muy acomodados en él los dos. Así viven de la limosna, que les proporciona un jornal óptimo. El carrito les sirve de casa. Llevan en él la cama, las provisiones, todos los enseres, y acampan donde les sorprende la noche.

—Me han parecido tan felices—dije—, que cuasi siento envidia de esa mujer de los bandós ne-

Estrella del Viejo



gros, alisados á la frente, y de ese hombre gordo y satisfecho.

—Pero, ¿no ha notado usted que él esta enfermo?—me ha respondido Adelardo.

Antes que tuviera tiempo de responderle, ha añadido:

—¿Cree usted que se puede amar á un enfermo?

Le he contestado que sí. Luego hemos guardado silencio. El iba muy preocupado; yo pensaba en que la pregunta, tan ligeramente contestada, envuelve un problema demasiado trascendental. Es indudable que el verdadero amor requiere la belleza, la alegría, la juventud. Un enfermo despierta piedad, ternura, cariño. Amor, no.

¿Por qué me habrá preguntado eso? ¿Estaré yo más enferma de lo que he creído cuando quise venir á estas aguas para preservarme de la enfermedad?

El resto del paseo ha sido triste; y al llegar á la verja, donde imploran la caridad dos pobres, vendidos con esas grandes blusas de tela azul, que tie-

nen un azul sin optimismo, un *azul miseria*, en ese tejido que llaman *pan de pobre*, se ha separado de mí para acercarse á los niños que juegan y saltan á la comba en ese lugar del Parque, y que de vez en cuando van á conversar con los dos mendigos, con ese raro cariño que sienten los chicos alegres y felices por los viejos mendigos sufrientes.

* * *

No lo he visto esta noche ni en el comedor ni en el salón. Estaba el salón muy desanimado. La muchachada se había ido á la verbena, que se celebra en la Avenida, al lado del río. Los señores formales seguramente se han ido allí también. Estos se van del salón todas las noches con el pretexto de fumar un cigarrillo. Yo creo que muchos de ellos no dejan el tabaco porque no les falte la disculpa de poder descansar ese rato de sus mujeres.

Una señora muy simpática me invitó á ir con ella á la fiesta. El espectáculo era gracioso para nosotras, que no estamos acostumbradas á él. Más de cien parejas danzaban en el pequeño espacio, adornado con banderolas, entre los árboles, rodeados de una doble fila de curiosos. No faltaban los puestecillos al aire libre vendiendo churros, aguardiente y todo ese niquiñaque de todas las verbenas.

Tocaban tres *músicas*, alternando: el universal pianillo de manubrio, la murga de instrumentos metálicos y la típica orquesta del país: un gran tambor que aporrea sobre su barriga un hombre de poblados mostachos, y una especie de flautilla corta, mezcla de dulzaina y oboe, una chirimía aguda, con la que lo acompaña un zagalón.

Adelardo no estaba allí.

Me entretuve en observar los tipos de la montaña. Son de trazos regulares simpáticos. Tipo be-

llo, sin llegar á ser hermoso, porque es pequeñito, sin majestad. Son de facciones menudas, finas, color moreno y ojillos negros, vivos y penetrantes. Su característica es ser gracioso, movable, vivaz é insinuante.

Aquí danzaban y saltaban todos. Vi á las chicas que sirven en el balneario, rendidas de la briga del día y bailando como las otras, sin dar señales de cansancio. Reinaba una alegría franca, campestre, primitiva, que creo no se encontrará fuera de aquí. Es lástima que no estuviese Adelardo y pudiese apreciar de qué manera se divierten los que no tienen costumbre de divertirse.

DIA SEIS

Hoy es día de San Tiburcio, querida Ana. San Tiburcio es el patrón de este lugarcillo, é hizo el milagro de librar á sus patrocinados, hace siglos, de una epidemia de cólera.

Desde bien temprano resonó la alegría de los cohetes y los repiques de campanas. Sorprende un poco, en esta época de guerras, que aún quede pólvora para diversiones.

Todo el pueblo está de gala. El baile de la arboleda continúa. Las muchachas están engalanadas, pero no llevan flores, como las andaluzas, y eso quita cierta alegría á la fiesta campestre.

De buena gana hubiera querido tenerte aquí y que vieras cómo no han variado las costumbres de hace diez siglos.

Al Parque del balneario han venido los *danzantes*. Una docena de hombres en mangas de camisa, pantalón blanco con franja de color y un pañuelo de crespón cruzado á modo de banda sobre el pe-

cho. Cada uno lleva en la mano dos palos del tamaño de las banderillas que usan los toreros. Los acompaña el director, lleno de bandas y colorines, y los músicos del tambor y la chirimía.

—¡Palos!—ordenó el director, cuando se hubieron colocado todos en fila en la gran explanada.

La música rompió á tocar con un compás vertiginoso.

—A la salud del señorito Pedro Núñez, que viva muchos años—gritó el director.

—¡Viva!—respondieron todos; y empezaron un verdadera danza de negros, de salvajes, golpeando los palos uno contra otro y con los de su pareja, en un compás rapidísimo y uniforme, de acuerdo con la música: «Clas-clas, carrasclás, clas-clas, carrasclás, clas-clas.»

Se movían como en esa danza de la manigua: «Monito, aquí; monito, aquí», de un modo desmañado, con algo de danza de oso, jugando el cuerpo y alzando los brazos de acuerdo con el trezado de sus pies.

Cuando se detuvieron, el director volvió á gritar:

—A la salud de la señorita Juana Rener y su hija, que vivan muchos años.

—¡Viva!

El baile volvió á comenzar.

—A la salud del señorito Juan Díaz y su esposa, que vivan muchos años—gritó el director, cuando se detuvieron de nuevo.

—¡Viva!

—A la salud del excelentísimo señorito conde de la Higuera, que viva muchos años.

—¡Viva!

Parecían haber recobrado nueva fuerza para bailar el *paloteado* á la salud del *señorito conde*. El tratamiento de *señorito* era el que ellos juzgaban superior á todos, y no lo omitían jamás.

Y así siguieron bailando por todos los señoritos de ambos sexos del Balneario y sonando sus palos con estruendoso repique.

Excuso decirte que yo también tuve mi *viva*.

Se veía que los danzantes no podían ya más. Estaban rojos, bañados en sudor, extenuados, y se seguían moviendo, como si las leyes de la mecánica no les dejasen ya parar.

Al fin, el director dijo:

—A la salud de toda la servidumbre y de toda la casa, que vivan muchos años.

Esta vez, el baile, aunque era para más gente, fué más breve.

En seguida el director pasó el platillo, en el que caían muchas pesetas. Los *danzantes*, ghorreando agua de su cuerpos, se habían dejado caer en los bancos. En su lugar danzaban unos niños con trajes iguales á los suyos, cubiertos de flores los palos, con los que formaban arcos para pasar bajo ellos en sus vueltas y mudanzas.

Probablemente hoy han sufrido más que en todo el año; pero están contentos, porque esto no es trabajar: esto es... divertirse.

* * *

Me he sentado en un extremo del parque. No he tardado en venir Adelardo. No sé por qué, conociendo que no tengo derecho á ello, lo he recibido con mala cara por no haber venido anoche.

—¿Se divirtió usted mucho?—me preguntó.

—Bastante... ¿Y usted?

—No salí de mi cuarto.

—¿No había nada que le interesara!

—No sea usted injusta...—me dijo, con su voz grave, envolviéndome en una mirada larga—. Las



mujeres bromean y juegan con los corazones sin saber el daño que hacen.

Me quedé desconcertada; y para variar de conversación, le pregunté:

—¿Por qué ha venido usted á este Balneario?

—Me acatarro fácilmente.

—Como yo. Pero no he visto á usted tomar las aguas.

—No ha querido el médico. Dice que mi catarro es irritación de los bronquios. Estos gases sulfúricos me los excitarían. Me ha prohibido fumar. Dice que es todo hijo del uso del tabaco.

—¿Y le sienta á usted bien la estancia en esta humedad?

—Pensaba haberme ido; pero.... pero... la he conocido á usted.

Mientras hablaba extendía la mano para evitar que yo hablase, en un enérgico signo de silencio.

—No me diga usted nada—añadió—. Yo creo haber encontrado aquí la felicidad al encontrarla á usted. ¡Tan distinta de las demás!

—Apenas nos conocemos...

—Sabe usted que eso no es cierto. Usted me ve por dentro, sabe que soy sincero. Se lo he dicho todo... Pero he tenido miedo de preguntarle...

Había en él una nobleza, una lealtad que se apoderaba de mi alma. Sentía que podía adorar á este hombre, si me lo propusiera, yo que no he llegado á amar aún.

Tal vez había amor en mis ojos, porque vi despojarse su semblante en una expresión de felicidad.

* * *

Hemos paseado juntos esta tarde. Llegamos á la vieja ermita ruinoso donde se celebran las romerías. Se decía la novena de San Antonio; pero en el al-

tar estaba San Sebastián, porque era una imagen más presentable. Desde esa altura se veía á lo lejos el mar y se respiraba libre de la opresión que causa la hondonada.

El, con muy buen gusto, no me hablaba de su amor de esa manera que crea el compromiso ú obliga á la confesión de reciprocidad. Me contaba antecedentes de su familia, detalles de su situación, anécdotas de su vida. Todo en este hombre es noble é interesante. Sin darme cuenta yo le he contado también todas mis cosas. Le he hablado mucho de ti. Estamos de acuerdo en casi todas las ideas. Tenemos los mismos gustos... ¿Estaré á punto de enamorarme? Por lo menos encuentro un placer en este *flirt*.

* * *

Después de comer he entrado en el salón. Adelardo ha estado á mi lado. La dueña de la fonda, una señora hacendosa y simpática, nos ha invitado á formar parte de la excursión que irá á Limpias mañana.

Adelardo ha aceptado en nombre de los dos. He sentido una gran dulzura de verme así unida á él. Conozco que la gente que me cree viuda comienza á pensar que somos novios, y se trata de uno de estos enamoramientos de balneario, esas aventuras de que te hablé antes.

Yo soy lo bastante *trascendental*, lo bastante idiota para no querer enamorarme en la vida más que una sola vez. Ya lo sabes. Sin embargo, me influye el ambiente.

DIA SIETE

El viaje á Limpias merece la pena, por el hermoso paisaje entre montañas, que se abren, como si se

derrumbasen en la marisina, para dejar ver la hermosa bahía de Santoña y de Laredo.

El milagro del Cristo ha contribuido á dar fama á este apartado pueblecillo, tan escondido en el repliegue de un cerro.

Es una aldea linda y triste, que recuerda las de Suiza, con sus casitas al amparo del monte coronado por una vieja torre, al borde del río de aguas claras, que parece un lago.

En la estación encontramos coches automóviles de alquiler á una peseta el asiento, para conducirnos al Santuario, que está más allá del pueblo. Son unos coches, especie de jardineras con cubierta de hule negro, que dan la exacta idea de esos coches de muerto que se usan en los entierros de tercera clase.

El tren venía lleno de romeros, y bien pronto se extendió una larga fila de coches por la carretera blanca de polvo, como el acompañamiento de una fúnebre comitiva bajo el cielo nublado.

En el coche nuestro ocupaban los otros cuatro asientos una señora rubia, aureosolada, vestida con un traje demasiado ajustado y llamativo y un sombrero claro con racimos de uvas, y tres hijos suyos, de catorce á cinco años. ¡Qué mujer más insoportable!

Es de esas que dirigen la palabra á los desconocidos para hacer preguntas importunas, da su opinión sin que se la pidan, impone su criterio de un modo necio y fanático.

Nos preguntó si éramos matrimonio, y Adelardo le contestó que sí, lo que nos causó mucha gana de reir al principio y gran contrariedad después, porque nosotros nos hablamos de usted, como es natural.

Luego nos ha ido contando milagros del Cristo, al que, después de confesar y comulgar, ha visto



su hijo, uno de los niños que la acompañan, desclavar los brazos del madero y tenderlos hacia él.

Ha sido preciso estar groseros para librarse de ella al llegar, y marcharnos por otro lado, dejándola con la palabra en la boca.

Alrededor del Santuario, que está adosado á una montaña, en cuyas rocas descansan los cimientos, se ven agrupadas, con aspecto de feria de pueblo, tiendecillas en las que se venden cruces, medallas, rosarios, fotografías del Cristo y vistas del lugar. Hay también libros religiosos, alhajas, pulseras, alfileres. Hasta uno de esos falsos judíos que enseñan tapices persas.

Pero no sólo han nacido allí estas industrias; se han establecido hoteles, y merodea en torno de ellos esa casta típica de zagalones, pícaros de tradición latina, que se encuentran en todos los lugares muy frecuentados por extranjeros, sobre todo en los puertos de mar, llenos de sus truhanerías.

La iglesia tiene la belleza de su sencillez y del fondo de montaña sobre el que se recorta. En la

portada hay tres santos, como tres enormes peñones, ten desproporcionados con su tamaño que parece que van á derribarla. El de en medio es un San Pedro, sentado, con un gesto de Moisés de Miguel Angel, parece que va á tirarle á alguien á la cabeza las llaves que tiene en la mano.

He entrado con *mi marido*, procurando no llamar la atención. Tomaba en serio mi papel y experimentaba á la vez la dulzura de la compañía de Adelardo, el poder compartir con él mis emociones más íntimas, y el ir encorizada con la sujeción de mi acompañante.

Te confieso que sentía gran curiosidad. No conozco Lourdes; pero creo que no se parecen los dos lugares. Dentro de la pequeña iglesia, de tres naves, se ve al famoso Cristo, que ocupa el altar mayor, frente al coro.

Toda la iglesia se halla en penumbra, menos el altar, donde aparece el Crucificado entre unas cortinas rojas, iluminado por los resplandores de la luz fuerte colocada al fondo. A sus pies arden dos velas; las otras, ofrecidas por los creyentes, se consumen al comienzo de la nave de la derecha, donde se hallan los estandartes donados por las peregrinaciones y numerosos exvotos. Las otras imágenes que hay en la iglesia apenas tienen luces.

Adelardo se sentó en un banco y yo me puse á dar vueltas en torno de la imagen, en cuya cruz tocaba el sacristán las medallas y objetos que habían comprado los devotos.

Una tos convulsiva, terrible; esa tos que sale del fondo del pulmón, que parece que lo rompe, me sacó de mi observación. Volví la cabeza. ¡El que tosía era Adelardo!

Esa tos fué una revelación para mí. Lo conocí por ella. ¡Adelardo fué el vecino que ocupó el cuarto al lado del mío la primera noche! ¡Lo conocí en



ERNESTO CURIAS

la tos! Me pasó con él lo que á esas personas que se conocen todos los años cuando se encuentran en el baile de máscaras con la careta puesta, y no se conocen luego, en la vida ordinaria, aunque se vean continuamente. ¡Era él! ¡Mi vecino! ¡¡El enfermo!!

Lo veía retorcerse doblado por el acceso de tos, con la cabeza contra el banco, sosteniendo ese estertor de la asfixia, en los esfuerzos para respirar, y escuchaba el pitido ronco del escaso aire que lograba penetrar en sus pulmones. El eco ronco de la caracola.

No fuí á auxiliarlo. Fingí no darme cuenta; lo vi salir y me quedé un rato sola en la iglesia.

Sin duda Adelardo se había cambiado de habitación en el hotel para no estar al lado mío. ¿Por qué? ¿Por el temor de molestarme ó por el deseo de encubrir su enfermedad?

Pensé con disgusto en el egoísmo que habría en un enfermo que deseara engañar, fingiendo salud, á una mujer joven y sana. ¿Sería este el caso de Adelardo? Al mismo tiempo experimentaba hacia él una gran piedad que aumentaba mi simpatía.

Volví á mirar al Cristo de Limpias. ¡Qué ojos tan alucinantes, descentrados, mirando uno hacia arriba y otro hacia abajo, con el brillo de la luz, que les arrancaba reflejos movibles en su estrabismo!

En el coro, un pintor que ha logrado el permiso para pintar la imagen, copia con fervor. Mira de vez en cuando fijamente la imagen para sorprender el movimiento y la mirada. Parece que ve algo, según lo apresurado que deja los *Zeiss* para coger los pinceles y poner brochazos en el lienzo.

Salí de la iglesia. En la puerta vendía baratijas la madre de la muchacha que fué la primera en ver el milagro estando en el coro con otras niñas, y lo contó al cura y al sacristán, que lo divulgaron.

Hablaba con Adelardo, contándole los milagros

EL NOVENARIO

Por Carmen de Burgos COLOMBINE

(CONTINUACIÓN)

4

del Cristo, las personas que lo habían visto moverse, sintiendo tal terror que se habían accidentado.

Tuve que pararme para dejar pasar la avalancha de gente que entraba y salía, y escuché los comentarios.

—¡Voy emocionada!—decía una señora, al salir.

—¡Estoy temblando de miedo!—decía otra, parándose antes de entrar.

Muchas se detenían á comprar las imágenes del Cristo que les ofrecían en la puerta. Estaba repetido de todos modos: en cuerpo entero ó sola la cabeza, de aspecto imponente y terrible, en medallas de todas clases, cruces, estampas, tarjetas. Allí estaban los cuadros al óleo que ejecutaba el pintor que acababa de ver.

—Están pintados desde el coro—decía la mujer—. Lleva ya trescientas copias. El ha visto moverse al Cristo muchas veces... Es raro que haya alguna copia. Hoy es una ocasión.

Sobre unas pequeñas cajitas se leía: «Cristo en carne;» Las miré curiosa y la mujer abrió el estuche y dejó ver un Cristo pintado de color carne.

Me fijaba bien en todas las reproducciones, y todas eran iguales: la misma postura y la misma mirada. No se había nadie apoderado del movimiento.

A pesar de mi turbación no pude dejar de notar este carácter extraño de la devoción española. En Lourdes, en Roma, en todas partes donde hay imá-

genes que se aparecieron ó hicieron milagros, los devotos acuden guiados por la fe. Aquí, país de emociones fuertes, vienen con la ilusión de verlo hacer el milagro. Con la esperanza de conmoverse de terror ante un prodigio.

Adelardo acudió á darme la mano al salir. Me pareció que estaba demudado, con las ojeras profundas, los pómulos salientes, el color amarillado. Lo que yo había creído buen color era aquel acardealado. Quizá el brillo de esa mirada larga que me conmovía era el brillo de la fiebre.

El me dijo:

—He tenido que salir de la iglesia, porque ese ambiente pesado y ese olor de incienso y de cera me han dado tos.

—¿Está usted constipado?

Esperaba una confesión para estrechar sus manos con cariño y ofrecerle una amistad eterna. Pero él repuso:

—No. Esta dichosa irritación á la garganta que me produce el fumar.

* * *

A la noche, en el salón, creí notar que Adelardo hacía esfuerzo para ocultar su malestar.

Una de las jovencitas bailó el *garrotín* con una picardía inocente y gran contento de los señores.

El canónigo cantó unas *soleás* sentimentales y el coronel sus coplas baturras, acogidas siempre con carcajadas.

Yo estaba aturdida. Adelardo me es simpático, me sugestióna, me gusta hablar con él; pero desde que he oído su tos y he visto las huellas de su enfermedad siento un asco, una repugnancia invencible.

A veces dudo de si es un egoísta que oculta su enfermedad, ó un pobre iluso, lleno de ansias de vida

y de dicha, de ilusiones, cuando no las puede realizar.

Yo he contribuído hoy á mantener ese engaño. Lo he acompañado en sus sueños, he escuchado sus confidencias, sus esperanzas... He estado tan amable con él que tiene derecho á pensar que acepto sus galanteos y le correspondo.

Veo que he hecho mal en salir de mi reserva y tomar parte en la vida del balneario.

DIA OCHO

No pude dormir. Me he levantado temprano. La mañana daba optimismo, tan plácida, tan clara; me hizo sentir una sensación de bienestar.

La ablución de agua fresca, el peinarme los cabellos ante el espejo... Todos estos cuidados habituales me distrajeron un largo rato.

Me vestí y salí caminando al azar por el campo. Adelardo no podía suponer que yo, contra todas mis costumbres, había salido tan temprano. Veía á los payeses, que me saludaban con su extraño modo de hablar al cruzar cerca de mí. Traían al mercado pollos, huevos, frutas, quesos y hotalizas. Hoy era día de mercado en el pueblecillo, y el mercado es como una fiesta, á la que acuden todos los agüistas, deseosos de ver ese espectáculo de abundancia que amontona en el mercado las frutas, y complacerse en la contemplación de estos tipos serranos, primitivos, con sus trajes típicos. Esto, en realidad, es un zoco árabe. Tiene el mismo carácter; se ve cómo arraiga y se perpetúa la tradición.

* * *

He vuelto al hotel y he ido al establecimiento. Como era algo más tarde, estaba lleno de agiistas. Yo los miraba á todos con cierto rencor, cierta repugnancia. Tenían muchos peor cara que Adelardo; tosían desesperadamente; pero yo encontraba en sus toses otra nota diversa, metálica; no se formaba allá en el fondo, en las cavidades del pulmón; no tenía ese eco ahogado y cavernoso.

Se agrupaban en torno del chorro de la fuente para beber el agua, aquel agua con olor á huevos cocidos... Parece mentira que estos manantiales no se agoten en ese continuo correr y prodigar su agua. A veces, creo que es la misma, que da vueltas por un hábil mecanismo, y que acabará por extinguirse y dejarnos clamando cerca del chorro exhausto.

Allá dentro se escucha el silbido de las inhalaciones de gases, las pulverizaciones que introducen su frescor en los tejidos abrasados de las gargantas enfermas; los baños con el ruido alegre de los grifos sueltos; esa sala de inhalaciones difusas, á las que gráficamente llaman *niebla*, porque es como si se respirase cielo. ¡Y habrá á quien no le sirva nada de esto!

Sentía el terror del desahuciado. ¡El desahuciado! Aquel condenado sin remedio ni indulto posible. Ante esa injusticia se duda de la ciencia y se espera en el milagro.

* * *

Hemos salido de paseo después de comer.

—¿Quiere usted que bajemos hasta el río?—ha propuesto.

No me he atrevido á negarme.

Llegamos por la carretera arriba hasta ese lugar de Rubialta, centró de uno de esos enredijos

de cerros de las cordilleras que no se pueden des-
trenzar. En aquel recodo se unían los montes sin
salida. Subían, faldeándolos, caminos marcados
con palos, que recuerdan los senderos que se tren-
zan en Suiza sobre la nieve. Conducen á casillas
muy pequeñas que hay en la Sierra, y que no son
más que establos de vacas.

Tenía miedo de encontrar tantas vacas en el ca-
mino, hoy que volvían del mercado.

Hablé con una mujer que ya había visto otros
días en el camino; es una cojita, maestra de una al-
dea próxima, perdida en el entresijo de la Sierra,
á seis kilómetros del lugar donde son labradores
sus padres.

La enviaron á la ciudad á estudiar, porque con
su cojera no servía para la labranza, y se ve que
añora aquel mundo entrevisto con una inmensa
tristeza.

Me alegré mucho del encuentro, que me libraba
de la intimidad del paseo con Adelardo, y empecé
á pedirle noticias de la comarca, de su vida y de su
escuela.

Respondía con una gran medida, una gran sen-
satez, refiriéndome las cosas prácticas que enseña
á aquellos pequeños salvajes, que sólo van á la es-
cuela los duros meses del invierno, cuando abren
sendas en la nieve para poder transitar. El demás
tiempo van al campo á llevar las reses á pastar.

Oyéndola, me parecía estar leyendo una novela
rusa, que era una de esas maestras rurales de que
habla Gorki, y volvía á mi creencia de que en Es-
paña hay un resumen del mundo todo.

Al lado de la cojita saltaba una hermanilla, vi-
vaz, negruzca, graciosa, que va arreando la burra
en que han traído los quesos al mercado.

—¿Enseñará usted á esta para que siga su pro-
fesión?—digo.

La simpática mujer me responde:

—¿Para qué? Los padres tienen que comer. Ella será más feliz así, guardando las vacas. Ya ve usted: tendrá que casarse con uno de esos mozos que son buenotes, pero no saben nada. No se puede hablar con ellos. Por eso no me he casado yo, y paso mis inviernos solita, quemando carros de leña y leyendo los libros que me puedo proporcionar.

* * *

Cuando nos quedamos solos, Adelardo me cogió del brazo para bajar por la vereda del río. Convidaba la frescura del agua á llegar hasta ella por aquel sendero embruzado con el ramaje de rosales blancos, zarzamoras y madre selvas, que esparcían un perfume intenso; pero la cuesta era muy pendiente; las piedras de agua, pulidas y sueltas, resbalaban bajo nuestros pies. El me tenía que sostener para que no me cayese; mis zapatos, de alto tacón, no me sostenían bien. Estaba tan cansada, que no podía respirar. Adelardo me llevaba, me levantaba con una gran fuerza sin dar señales de cansancio. Esto me causaba una gran alegría. «¿Los médicos se equivocan siempre?», me decía, recordando esta máxima que tantas veces decía mi vieja nodriza, á la que tú conoces, y sobre la que no ha influido la civilización de los pueblos donde hemos vivido, ni el trato de las gentes para hacerle variar las ideas que adquirió en su pueblo valenciano.

En el momento me asaltó otra duda: ¿Sería yo la que estaba más enferma de los dos?

Al fin llegamos abajo. Me dejé caer sobre una peña, y Adelardo se sentó á mis pies. Había atardecido; el sol y la luna brillaban en el cielo á un mismo tiempo como si se saludasen en ese perpetuo idilio en que se persiguen sin lograr unirse jamás.

La luna estaba muy pálida y el sol próximo á desmayar. Enviaban los dos sus rayos á la corriente y rielaban en ella con un cabrilleo de luz, como dos franjas de lentejuelas.

A la canción del río se mezclaba el piar de los pájaros en los chopos de la orilla y la música de las ramas y las hojas movidas por la brisa.

Adelardo me hablaba, y su voz era la más bella de todas las músicas. Estaba llena de pasión, de ternezas.

—No nos separaremos nunca—me decía—. Nos escribiremos. Yo iré á buscarte.

Absorto en sus propias palabras, no advertía mi indecisión.

Su mirada tan larga, tan profunda, me envolvía, mientras preguntaba ansioso:

—¿Verdad?



Me sentí domeñada por su influencia para responder.

—Sí...

En este momento lo acometió la tos..., la terrible tos que parecía romperle los pulmones. Lo vi retorcerse, ahogarse, enrojecido, con los ojos desorbitados, sacudido por la tos que lo descoyuntaba.

Sentía á la vez repugnancia y piedad.

Cuando se calmó estaba sudoroso y jadeante; pero tuve el valor de disimular mi aprensión.

—Eso no es nada...—dije—. La irritación de la garganta.

El se agarró á mi piedad y volvió á renacer su apasionamiento con ese egoísmo terrible, instintivo, casi inconsciente, del enfermo que ama y odia, porque desea arrastrar á los que quiere y llevarlos con él.

—Eso debe ser. El tabaco, el clima de Madrid...—balbuceó.

—Vámonos...—dije yo—. Es tarde... Este frío nos hace daño.

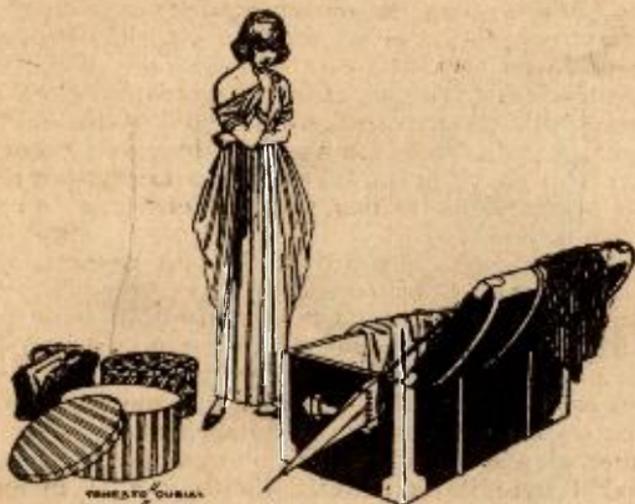
Se levantó con trabajo; tenía el cabello pegado á las sienes, los ojos hundidos, caída la barba y la boca entreabierta. Se veía la miseria física.

Esquivé tocar la mano sudorosa y, fingiendo querer alcanzar una rama de madreSelva florida, me alejé de su lado.

DIA NUEVE

Hoy se ha acabado mi cura de agua. Con el pretexto de hacer el equipaje he permanecido mucho tiempo en mi cuarto sola y he podido poner en orden mis ideas.

Algo muy trascendental en mi vida se resolvía



hoy. Adelardo me tiene simpatía. Le gusto, y me amaría seriamente si yo me decidiera á cultivar ese sentimiento. Yo sería feliz con él..., no me cabe duda..., si no estuviese enfermo.

La idea de la enfermedad espanta la idea del amor. Yo no podría vencer nunca la repugnancia que me inspiran el sudor, la fiebre, la tos, los esputos...

¿Me dirás que soy egoísta? Yo no lo creo. Soy sincera conmigo misma. Se puede llegar al sacrificio cuando después de haber creado un amor viene la enfermedad y exige un piadoso engaño de nuestra parte.

Adelardo me gusta. Bastaría que me dejase llevar de mi impresión para amarlo apasionadamente..., si no estuviese enfermo.

Yo meditaba hoy en que quizá es cierto que lo que padece no es esa enfermedad incurable, cuyo espectro alza ante mí su tos. Tal vez si lo hubiera conocido en otra parte no hubiera pensado en su enfermedad. ¡Tantas gentes encontraremos en la vida ordinaria más enfermas que las que están aquí! Estas mismas las veremos luego en paseos, en cafés, en teatros... Pero ya no nos inspirarán esta aprensión que nos produce el vernos en el balneario.

Pienso que es una injusticia esta repugnancia cuando yo no estoy completamente sana. Pero ni aun así podría vencer la repulsión que la enfermedad me inspira. No soy capaz de ser enfermera. Tal vez por un temor infundado renuncie á una felicidad cierta... Pero hay una idea que me aterra. La idea de la responsabilidad de ser madre de hijos tuberculosos ó condenados por una terrible enfermedad hereditaria al sufrimiento y á la muerte prematura. No. Esto está por cima de todo sentimentalismo y de toda piedad.

* * *

Me acuso de haber sido coqueta, de haber alimentado una esperanza en este hombre tan noble y tan simpático. El mal no será demasiado grande; este afecto naciente no puede tener esas raíces profundas que duele tanto el arrancar.

Lo inexplicable es que yo, aun deseando borrar-me de su alma sin dejarle un sufrimiento, quisiera quedar en su recuerdo sin confundirme con esa clase de mujeres frívolas que él desprecia.

Trataré de no verlo á solas; me escaparé... y no volveré aquí más... No quiero volverlo á encontrar.

Yo no tenía experiencia. Un balneario no es como una playa, y aquí se debe hacer abstracción de los

flirteos y de los amoríos, que forman el encanto de las playas.

Porque aquí todos los que venimos estamos más ó menos enfermos. Venimos á curarnos. Hay que considerar esto como lugar de curación, de reposo, casi diría de ejercicios espirituales.

Me echo en cara haber obrado con ligereza im-
perdonable.

El agua sulfurosa es algo más serio que el agua del mar.

* * *

Después de la cena hemos paseado por el Parque entre los otros agüistas que han salido á disfrutar esta luna nueva, que ilumina la noche.

La luna empequeñece el paisaje, acerca á nosotros las montañas; los árboles se hacen más chiquitos y nos cubren mejor.

El quería retenerme más tiempo.

—¿Por qué se marcha usted tan pronto? ¡Se está aquí tan bien!...

Me disculpé con la imperiosa necesidad de obedecer á mis padres.

Entonces quiso arrancarme una promesa para lo futuro, y yo he tenido el valor de no querer mentirle una esperanza.

Le he dicho muchas vulgaridades: Que no se debe tomar tan en serio la impresión que producen los encuentros en estas soledades, propicias á la fantasía... Que nos escribiremos... como amigos...

Me escuchaba callado y triste... Creo que se ha ofendido... Quizá ha penetrado el secreto... No lo sé... Se ha despedido fríamente...

—Como se irá temprano, no sé si lo veré...

Yo hubiera querido retenerlo..., entregarme al

impulso de simpatía que me llevaba hacia él...,
pero he resistido valientemente.

—¡Oh, no se moleste!... ¡Adiós!

* * *

Ahora, en medio de la amargura que deja toda
ilusión irrealizable, siento el consuelo de ver que
continúo libre. ¡Que no sufriré el martirio de escu-
char esa tos y de volver á oír ese estertor, ese ron-



quido, ese ruido de caracola que acabaría para siempre con la paz de mis días y de mis noches.

* * *

El jueves próximo te abrazaré en París, mi querida Ana. Volveremos á hacer nuestra vida de siempre. Creo que no tardaré en olvidar esta impresión desagradable.

Quizá ha sido que me ha contaminado ese lugar de tristeza y de fanatismo, para vacilar ante un ideal de miseria y sacrificio, cuando lo humano es el instinto que nos lleva á buscar todo lo alegre, lo fuerte, lo sano.

F I N